

mentario, muchos aspectos del libro no han podido ser reseñados. Pero, nuestra intención ha sido, más bien, llamar la atención hacia un libro cuya lectura depara interesantísimas y profundas experiencias filosóficas.

JUAN WOLFES.

H. H. Joachim. LOGICAL STUDIES.
Clarendon Press, 1948.

El profesor Joachim pertenece al grupo de los idealistas ingleses que con Green, Bradley y Bosanquet a la cabeza defienden una filosofía de lo concreto, una filosofía que se opone esencialmente a la ciencia no por determinaciones exteriores o arbitrarias (al modo de las ingenuidades históricas o los artificios sistemáticos), sino por razones que arrancan de la naturaleza misma del pensamiento. Su libro (lecciones ordenadas y publicadas después de su muerte) contiene, principalmente, un bosquejo de la concepción de la lógica a que conduce esta idea de la filosofía, además de una crítica de la concepción según la cual el conocimiento se divide en inmediato y discursivo, una crítica de las excepciones subjetivistas y objetivistas de la verdad y el juicio, y, por último, una exposición y defensa de la concepción idealista del juicio y de la verdad.

El primero de los tres estudios se inicia con una refutación de la concepción tradicional de la lógica como arte del pensar correcto, concepción que, como es sabido, ha sido ampliamente criticada por la tradición de pensamiento lógico que arranca de Bolzano y que alcanza su expresión superior en las *Investigaciones Lógicas* de Husserl. Pero los argumentos de Joachim son independientes de una visión de la lógica como ciencia del pensa-

miento, concepción que rechaza él como infundada e imposible, debido a que el pensamiento constituye uno de los aspectos subjetivos dentro de la totalidad concreta del conocimiento y que "una entidad de esta especie (... cualquiera sea la descripción que se nos dé en los textos de psicología) no es objeto posible de un estudio en cualquier sentido y en absoluto". De esta manera, la lógica no es arte ni ciencia en el sentido aludido.

Una correcta concepción de la lógica no puede, sin quedarse como una concepción vacía, dejar de lado el carácter filosófico de esta disciplina y, por ello, tiene que sostener la índole concreta de su objeto y la naturaleza reflexiva y crítica de su método. Así, el objeto de la lógica no resulta de abstracciones dentro del conocimiento ni de una visión de tipo objetivista que proponga un universo lógico ideal; el objeto de la lógica es la totalidad concreta del conocimiento y, por lo tanto, es tarea del filósofo en cuanto lógico "investigar las condiciones universales sin las cuales nada puede ser ni ser en absoluto pensado", es decir, las condiciones necesarias y suficientes, no solamente de la validez, sino, más exactamente, de la verdad. Porque la verdad no es algo más allá del pensamiento a lo cual le ocurra ser pensado así como a un objeto manual le ocurre ser aprehendido, ni es algo que resulte meramente del ejercicio legítimo de una facultad subjetiva, sino un hecho espiritual, una totalidad concreta que comprende dentro de sí, como aspectos o momentos, lo subjetivo y lo objetivo. Verdad y conocimiento aluden al mismo hecho espiritual, pero enfatizan (en el uso ordinario de estos términos) el momento del objeto y del sujeto, res-

pectivamente. Es por ello que el profesor Joachim, adelantándose a posibles equívocos, describe el objeto de la lógica como conocimiento-verdad (Knowledge-or-Truth).

El método adecuado al concreto filosófico depende justamente de la naturaleza de este objeto, como depende éste asimismo del método adecuado. Porque se está en un nivel en que todo movimiento del intelecto especulativo incide constitutivamente en el objeto y en que toda constitución del objeto (totalidad espiritual como es) determina totalmente el método.

“Pues, evidentemente, la existencia y realidad de los (juicios, por ejemplo) que un filósofo estudia, debe implicar su reconocimiento de ellos; es decir, desde el comienzo, como una condición indispensable de su pensamiento explicatorio acerca de ellos, su pensamiento (o sea, un reconocimiento, del cual es consciente, que cruza e invade su mente, que él conscientemente adopta y hace suyo) debe constituirlos en lo que son. En tal sentido, pues, mientras explica reflexiona sobre *explicanda* que dependen por lo que son por su propia naturaleza y realidad— no en verdad de la actividad explicatoria misma, pero no obstante, de actividades intelectuales de cierta especie y a cierto nivel; de actividades espirituales de las que él, por otra parte, explicando, debe participar —en las que su intelecto debe estar comprometido”.

Y con respecto al otro punto:

“El objeto. . . dicta el método; pues debido a que el objeto no es simple (uno, sin variedad) ni compuesto (uno por unión de una variedad de constituyentes) sino concreto, podrá entenderse solamente estudiándolo de cierta manera.”

Así, pues, el método filosófico (y con ello el de la lógica) será crítico y reflexivo. Porque nada relevante será puesto de lado en la investigación, como en el caso de las ciencias especiales que se atienen al aspecto objetivo del conocimiento; y porque la investigación que se atiene a lo concreto no puede separarse de una vinculación constitutiva con lo investigado.

Exponiendo las dificultades que parecen atendibles a partir del bosquejo de la lógica que ocupa el primer estudio, emprende el autor la tarea de disolver los supuestos de una tal crítica; es el tema de la distinción popular entre conocimiento intuitivo o inmediato y discursivo o inferencial. El resultado de este examen es negativo respecto de esta división, lo que implica que no podemos sostener la existencia de verdades que nos sean dadas de una vez, datos básicos a partir de los cuales pueda constituirse un edificio de saber absoluto. Esta conclusión anuncia ya el tema del tercer estudio que se intitula “¿Qué es aquello que es verdadero o falso y en qué consiste su verdad o falsedad?”, y que comprende una crítica de la verdad como correspondencia y como cualidad al mismo tiempo que una exposición y defensa de una noción de verdad afín con el idealismo sustentado por el profesor Joachim: la verdad como coherencia. El tema es desarrollado, no solamente en cuanto superación de las concepciones refutadas, sino también en la dirección aporática, lo que lleva a su autor a un reconocimiento de las dificultades, más que difíciles, de su propia posición.

Con un estilo en muchos aspectos difícil, pero siempre riguroso, hasta el extremo de constituir por sí sólo un

ejercicio filosófico de provecho para el estudiante, y en un nivel que alcanza innegablemente las más altas posibilidades actuales del idealismo lógico, constituye este libro un estudio obligado de quien sea que cuide seriamente su formación lógica y filosófica.

JUAN RIVANO S.

A. J. Ayer - LANGUAGE, TRUTH AND LOGIC, LONDON, VÍCTOR GOLLAVEZ. 1951.

Se exponen en este libro los temas predilectos del empirismo contemporáneo: la polémica antimetafísica con sus difíciles prolegómenos sobre significado y verificación, la idea de la filosofía como análisis lógico del lenguaje, las discusiones sobre la naturaleza de las proposiciones (tautológicas, hipotéticas y protocolares o básicas), el problema de la definición filosófica, el de las construcciones lógicas, etc. El lenguaje claro y riguroso del profesor Ayer, al mismo tiempo que su destreza para ubicarse inmediatamente en la cuestión y no perderla ya de vista, dan a su libro un valor innegable, principalmente en cuanto resulta provechoso para quien desee una información seria sobre el ámbito de las cuestiones, los intereses y los modos de pensamiento de esta corriente filosófica.

Es una obra de juventud y, por ello seguramente, salpicada de alusiones desdeñosas a la tradición filosófica idealista, más aún, a toda forma de concepción metafísica. Pero el profesor Ayer ha mostrado en publicaciones posteriores, además de su notable estatura de pensador, encontrarse ya muy distante de tales ligerezas enojosas e inútiles. Sacrificando, pues, una pequeña porción de paciencia, haremos un buen negocio, porque no son escasas las virtu-

des intelectuales del autor. El libro es, en efecto, bastante consistente en sus partes principales, de manera que la crítica no toca en lo principal al desarrollo sino a los supuestos. De ello, como es obvio, no tratamos en modo alguno aquí.

En el primer capítulo, que ostenta el atrevido título "La Eliminación de la Metafísica", desempeña un papel fundamental con respecto a tal propósito el principio de verificación, el cual se concibe como un criterio para determinar si una sentencia dada es o no significativa. Tal principio elimina, por su posición misma, los problemas que hasta ahora se han concebido como la metafísica en persona. Es lamentable que la nueva formulación del principio a que se dedican largos párrafos de la introducción a la segunda edición no vaya acompañada de ejemplificaciones, pues así como queda establecida no pone en claro su sentido. A esto debe agregarse que la conexión no se deja atrás sin producir en el lector la impresión de un dogmatismo injustificado. No sólo se deja de lado toda discusión acerca del tema (genuino como es) que los metafísicos procuran resolver, no sólo se desconoce el problema de la intuición (de larga y excelente tradición), sino que se adelanta un principio, básico como el que más, y no se le hace plausible en modo alguno mediante argumentación.

El segundo capítulo expone la idea de una filosofía que consista únicamente en un trabajo de análisis del lenguaje. Se inicia con la crítica de la concepción cartesiana de la filosofía como un sistema deductivo que exhibe la naturaleza misma de la realidad y que se constituye a partir de "primeros principios"; y avanzando con paso